

+

Ave María Purísima

Cada mañana un adolescente entraba a las ocho y media en este templo, se ponía de rodillas ante el sagrario y abría uno de los tomos de la Liturgia de las Horas que con la paga semanal se iba comprando.

Cada mañana veía la figura venerable de D. Francisco Castro sentado en el solemne confesionario del Cura Párroco que poco antes de las nueve abandonaba para subir las gradas del altar mayor -me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría-, y aquella figura ensotanada, elegante y austera, con su característica voz pausada y solemne, rezaba el Ángelus y leía las intenciones de las misas de esa jornada.

Y tras la Misa, celebrada con una unción que comunicaba a los que asistíamos, aquel adolescente, después de dar gracias al Amor de los amores, el que es nuestra Redención por haber convertido su alma una mañana más en su particular sagrario, se encaminaba a tu capilla, Madre y Señora mía, donde mirándote con cariño de hijo huérfano, te consagraba *mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, todo mi ser, porque soy todo tuyo, Madre de bondad*; y aquel adolescente que al haber perdido tan inesperada y bruscamente a su madre de la tierra -Dolores se llamaba- tenía la certeza que sólo da la Fe, que Tú desde tu coqueto camarín le guardabas y le defendías, como cosa y posesión tuya.

Reverendo Sr. Cura Párroco de San Juan, Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores, amigos todos que os dais cita en esta tarde que nos acerca a la gran solemnidad de la que es Pura y Limpia de alma y cuerpo.

Vaya por delante mi agradecimiento al anterior Hermano Mayor, mi querido José-Aurelio García Andreu, como al actual Hermano Mayor, mi buen amigo Rafael de la Peñas Díaz, por haber pensado en mí para ponderar las glorias de María. Estoy muy lejos de ser el Ligorio en santidad de vida y en sapiencia, pero como humildad es “andar en verdad” en palabras de la Santa de Ávila; bajo el amparo maternal de la que es Sede de la Sabiduría me acojo para que mis palabras nos acerquen más a la mediadora de la Gracia, a la Madre de la Redención.

Aunque cada mañana acudía a Ti en esta parroquia, Madre mía de los Dolores, para poner en tus manos mi jornada; donde te conocí y te traté de cerca fue en la iglesia de tu Divino Hijo, el que tiene un Corazón que es fuente de vida y santidad, un Corazón hecho obediente hasta la muerte, un Corazón despedazado por nuestros delitos, un Corazón formado por el Espíritu Santo en tu virginal seno. Allí, la mañana del sábado de Pasión llegabas en un silencio que solo quebraba el rezo de las ave marías, y eras puesta junto al Corazón de Jesús, el fruto bendito de tus entrañas.

Allí en aquella víspera de domingo de ramos de mil novecientos ochenta y cinco, cuando ya mi madre, Dolores vivía en mi alma, y su alma en tu Hijo que es Redención de los vivos y de los muertos, Tú, tan cercana, tan dulce y serena en tus Dolores, tan accesible me hiciste comprender que eras mi Madre.

Y precisamente, porque eres Pura y Limpia, eres llena de Gracia, estás escogida, hecha a la medida del Padre. Eres criatura preciosa, completa y por tanto, humilde, limpia de alma, de cuerpo y de mente; y tu humildad te hace Virgen, y tu virginidad te procura la fecundidad: te conviertes en Madre.

El ser Purísima no hace que te desentiendas de nosotros y de nuestras necesidades, todo lo contrario, el ser Pura y Limpia te hace plenamente libre porque no estás condicionada como nosotros por la tentación y la seducción de nuestro egoísmo, de nuestras iras y rencores, de nuestra pereza y nuestras envidias, de nuestras impurezas y vanidades.

En tus Dolores, Madre mía eres dichosa, porque en tu vida anduviste en un camino inmaculado. Todos hemos iniciado nuestra existencia poniendo el pie en una senda manchada por la culpa original, heredada de nuestro padre Adán.

Incluso el Bautista, santificado por tu presencia en el seno de su madre Isabel; incluso Jeremías, a quien el Señor le dijo: “*Antes de que salieras del seno materno te santifiqué y te designé para que fueras profeta*”.

Todos hemos iniciado el camino de la vida poniendo el pie en el lodo de la culpa de origen. Todos... menos Tú, Madre Inmaculada. El camino de tu existencia fue purísimo desde el primer instante de tu ser en el seno materno.

Dichosa eres, porque ya antes de empezar a existir, el Creador lavó tu túnica, tu alma humana “*en la sangre del Cordero*”, en los méritos de la Redención del Hijo.

Madre mía de los Dolores, si la sangre que Cristo en su Redención derramó en el árbol de la Cruz, y por la que todos somos purificados, la recibió de Ti ¿no era justo y conveniente que todo tu ser fuera previa y anticipadamente lavado por el Padre Eterno en la sangre del Hijo, para que la misma sangre redentora fuera totalmente pura en su origen?

Es una paradoja, pero no una contradicción. La sangre de Cristo actúa ya antes de existir y purifica el ser entero de su Madre, para que esta sea después, la fuente límpida de la que salga la purísima sangre de la Redención.

Por eso, la Cruz de la Redención y Tú, Madre mía de los Dolores sois “*Árbol de la Vida*”, porque el que es la Vida comienza a redimirnos en tu purísimo seno.

Dichosa eres Virgen y Madre Santa, porque has sido hallada sin mancha, no por el ojo del hombre superficial e imperfecto, sino por el ojo infinito del Padre Eterno que mira el corazón y no las apariencias y escudriña las entrañas.

Por eso has sido hallada Pura y Limpia no solo en tu Concepción que te aparta del pecado, sino en tu Asunción que te evita la corrupción de la muerte.

El Señor no te ha perdonado pecados ni ha borrado en Ti maldades, lo que no significa que no hayas sido redimida. La Redención de Cristo en Ti, Madre mía ha sido sobre eminente. No has tenido necesidad de ser levantada, puesto que no has caído en el pecado; pero has tenido necesidad de ser preservada por el mismo Jesucristo, que es el modo más excelente de la Redención.

Bienaventurado fue el buen ladrón, porque consiguió del Señor en la Cruz que limpiara su vida pecadora; más bienaventurado fue el discípulo amado, que en el Calvario consiguió gracia para ser fiel, pero incomparablemente más bienaventurada eres Tú, Madre y Señora de los Dolores porque lograste una Redención super-abundante, que no solamente no tuvo pecados personales que perdonar, sino que ni siquiera tuviste culpa original.

Dichosa eres Madre mía en tus Dolores porque no anduviste en el consejo de los impíos, ni caminaste en tu vida por las sendas de los pecadores, ni te sentaste junto a los malvados, sino que tu gozo fue siempre cumplir la Ley tu Señor, de tu Divino Hijo, de tu Redentor.

Eres como el árbol plantado junto al arroyo de la Gracia, que a su tiempo diste el fruto bendito de tu virginal vientre, y cuyas hojas de virtud no se marchitaron, porque la divina empresa en la que el Padre Eterno puso su esperanza fue el mejor suceso: la Redención.

Tu virginidad se convierte en fecundidad, eres la *Omnipotencia Suplicante*. Esta omnipotencia suplicante Tú la expresas en tu maternidad divina, eres la Madre del Rey, la Reina-Madre, la mujer purísima de la que ha nacido el heredero de un rey –David-, de Ti, nace el Monarca.

La Reina-Madre ejerce una gran influencia sobre el Rey. Es el Rey el que ostenta la autoridad y el dominio, pero la Madre del Rey, tiene la prerrogativa de intervenir ante él en favor de los súbditos y de los siervos.

Es por ello, Madre mía que a Ti clamamos, a Ti suplicamos..., para que Tú nos recomiendes, nos representes ante tu Divino Hijo. Tú tratas nuestra causa ante el Señor y Juez y obtienes para cada uno de nosotros los frutos de la Redención. Por eso Tú eres el acueducto por donde nos llega el caudal de todas las gracias, Jesucristo el Rey.

Eres Madre nuestra no en el pesebre de Belén en la noche entrañable de Navidad; eres Madre nuestra en la tarde del Viernes Santo en el Gólgota. Tus Dolores son causa de tu Pura y Limpia Concepción.

Una durísima prueba, imposible de comprender en toda su dimensión experimentas en tu Inmaculado Corazón, Madre Santa en las tres horas del Calvario.

Tú viste como a Jesús le hacían pasar la vergüenza de ser desnudado sin respeto alguno; percibiste el abandono por parte de

quienes le habían aclamado como hijo de David, de los que se beneficiaron de sus milagros; comprobaste el abandono y la traición de sus discípulos más íntimos; tuviste que escuchar los insultos de los sacerdotes del Templo, los cuales le desafiaban diabólicamente a que bajara de la Cruz como prueba suprema de su divinidad.

Tú Madre Santísima de los Dolores viste como Jesús callaba, sin defenderse de las acusaciones, sin darles la prueba que reclamaban, como si su poder de Dios y Hombre verdadero se hubiese desvanecido al caer en manos de sus enemigos.

Tú, Señora, sabías que tu Hijo era inocente, que Él era el Hijo de Dios, que sólo había hecho bien a todos..., y en cambio, Dios Padre como si se desentendiera, no acudía a defenderle en esta terrible hora de las tinieblas.

Tus Dolores Madre mía llegaron al límite al escuchar el grito desgarrador de Cristo en la Cruz: *“Padre, ¿por qué me has abandonado?”* Es el momento de tu máxima desolación, la hora más negra y amarga; es el quebrantamiento de todo lo humano, cuando parecía como si a Jesús le fallara la firmeza que da saberse sostenido.

Tú, en medio de los espantosos dolores de la crucifixión escuchaste murmurar a tu Divino Hijo la súplica al Padre para que perdonara a sus asesinos, porque no sabían lo que hacían..., fuiste testigo de cómo Cristo prometía a uno de los reos el paraíso.

En las durísimas horas del Calvario existía una comunicación entre el Padre y el Hijo, cuando de repente: sobreviene el horror: Cristo crucificado delante de Ti, Madre de los Dolores, queda mudo; daba la impresión que desde el leño veía la nada allí donde hasta entonces sonaba la voz del Padre.

Eres redimida por el Verbo Eterno, al que le diste cuerpo y sangre, al que amas con una intensidad que solamente en el cielo podremos comprender, pero en tu vocación, recibida en tu Pura y Limpia Concepción y rubricada el día de la Encarnación, experimentas un amor que no está por encima de la voluntad del Eterno Padre, antes al contrario: amabas y querías la voluntad del Padre a costa de tu Hijo y por encima de Él, si es que me es lícito expresarlo de esta forma.

Y ello no significa en modo alguno carecer de corazón, o tenerlo insensible, sino muy magnánimo. Hacía falta tu Corazón Inmaculado

de Madre del Redentor, un corazón muy puro para responder con tanta fidelidad a Dios Padre, sin hundirse ante semejante carga.

Tú, Madre mía no fuiste testigo mudo en el Gólgota, no te limitaste a dejar que el drama se desarrollase ante tu pasividad. Tu participación fue activa, no de una simple espectadora; asentiste a todo él, lo aceptaste; pero no intercediste por tu Divino Hijo; no suplicaste, no llamaste a ninguna puerta, no interpusiste acción alguna para desviar el curso de los acontecimientos, interfiriendo así la voluntad del Eterno Padre, antes bien, la aceptaste, no con resignación, sino con plena confianza, y en la hora de la muerte de Cristo seguiste dejando la iniciativa a Dios, como en la Anunciación, como siempre...

La Redención fue como una inmensa sinfonía de entrega, de donación de Jesús: los judíos, su propio pueblo, lo entregaron a los paganos, los paganos lo entregaron a la muerte; Tú, Madre de los Dolores lo entregaste a la voluntad del Padre; Cristo Jesús se entregó a sí mismo. Todo ello -y todos ellos- voluntariamente, con plena conciencia, de un modo absolutamente responsable.

Esta actitud tuya, Madre mía es de tal profundidad que la Iglesia te llama Corredentora, porque tu participación en la Redención no fue un mero asentimiento externo; porque tu carne es la carne de Dios; porque el cuerpo desgarrado que soportaba un dolor atroz era el fruto bendito de tu virginal seno; porque la sangre que corría por el árbol de la Cruz, era la misma que circulaba por tus venas; eras Tú, Madre de los Dolores la que habías dado la vida que se escapaba por las heridas de Cristo.

Pero en las horas del Calvario no era esto, con mucho lo más importante. Jesucristo es Dios, y Él es la Vida, y de esta vida vivías Tú.

Al eterno, al engendrado, no creado, Tú le hiciste vivir según la carne, y Él a Ti te hizo vivir según la gracia. El vínculo es tan estrecho y de una intimidad tan singular, excepcional y única.

Todos estuvimos representados en la Redención. Es más, fuimos cada uno de nosotros, a causa de nuestros propios pecados quienes crucificamos al Señor y traspasamos con una espada tu corazón y tu alma, Madre y Señora nuestra.

Es el rabioso clamor de nuestra rebeldía el que grita al pecar, por boca de los judíos: "¡Crucifícale!"; es nuestro egoísmo ante todo lo que

de placentero y agradable tiene la tentación, la que acaba cediendo y entregando a Jesús a la muerte.

Pero en medio de tanta impiedad, allí estás Tú, Madre Inmaculada, una criatura de nuestra misma raza y linaje que no manchaste tus manos con la preciosa e inocente sangre del Cordero, que deseaste la Redención, aún siendo consciente del carísimo precio de la misma.

Tú, Pura y Limpia, que sufriste con la Víctima, y que como Virgen fiel y Madre Purísima, reparas y expías todas las miserias de la humanidad junto a la Cruz, que es manantial de la Redención.

Si algún consuelo experimentó Jesucristo en medio de la desolación, abandonado de todos, fue el verse asistido por Ti, Madre amable y comprobar que su aparente fracaso era comprendido y compartido por Ti.

Todo el anhelo de purificación que la humanidad cargada de pecados siente, estaba en Ti, Madre mía, que en el ara de la Cruz, con tu Hijo, como sacrificio perfecto te ofrecías con Él al Padre Eterno, de una vez para siempre, saldando la deuda por toda la eternidad.

Por eso, ¿a quién te compararé y asemejaré, Hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, Virgen Hija de Sión? Grande es, así como el mar tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina?

Lo anunció Jeremías mucho tiempo antes, viendo los males que estaban esperando a Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros, viéndote a Ti sacratísima Virgen María tan afligida y tu alma puesta en tan grande angustia; ¿a quién te compararé, Hija de Sión?

Cosa es recia, que ande la espada de Dios hiriendo a Jesucristo y a la sacratísima Virgen, su Madre, y que no nos pongamos nosotros delante diciendo: ¡Señor! ¿Qué es esto? ¿Qué os han hecho esta Oveja y su Cordero inocentísimo, los limpios, los sin pecado, los justos? ¿Qué culpa tienen? ¿Qué Justicia es ésta Señor? ¿Por qué así atormentáis a vuestro mayorazgo, y así atormentáis a vuestra sierva María?

La respuesta de Jesucristo está clara; la de la Virgen María, Nuestra Señora, no tanto. Cayó sobre Él el castigo por el cual fue restablecida la paz entre el Padre Eterno y nosotros.

No estaba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese en una cruz.

Cayó sobre Él la ira del castigo para que nosotros fuésemos reconciliados; por eso murió en la cruz, para que nosotros fuésemos redimidos. De esta manera no hubo causa, no hubo quien le obligara a hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo.

Pero ¿qué justicia es ésta Señor, que castigáis al Justo por los pecadores, que muera el inocente por los miserables? Si lo quiso Él, ¿qué objetaremos? Si quiso morir por nosotros, si nos amó tanto que quiso perder la vida por nosotros, ¿qué diremos?

¿Por qué moriste Señor?-Por el amor que os tuve- ¿Quién te afligió Señor? ¿Quién te hizo pasar hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar sangre, Señor? ¿Quién te trituró de tal modo hasta morir clavado en una cruz? -El amor que os tuve-, pero, ¿Por qué Señor afliges tanto a tu Madre? ¿Qué culpa tiene Ella? -El amor que os tuve-.

Pero, ¿qué es esto Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerle en una cruz, sin matar también a la Madre? ¿Qué os ha hecho esta Bienaventurada Virgen? ¿Qué os hizo la que todos los días de su vida os sirvió? ¿Qué os hizo la que en la vida estaba? ¿Qué os hizo, Señor la que en otra cosa no gastó el tiempo sino en agradaros?

¿Qué os hizo su virginal corazón, en el cual, aun un pensamiento, el más ínfimo del mundo, nunca fue motivo de ofensa para vos, Señor, que así la habéis lastimado, que así la habéis entristecido? ¿Qué os hizo, Señor, esta Virgen Purísima, en quien jamás hubo pecado? ¿Por qué la habéis afligido tanto, Señor?

Dos cosas pelean, Señora mía; veamos cuál va adelante; si tu santidad o tus dolores, tu realeza o tus angustias. Tú, Señora, eres la más santa y la más lastimada, eres la más querida y la más angustiada, eres la más excelsa criatura y la más humillada.

Dos cosas andan hoy en porfía: ¿cuál Señora mía, de las que hemos dicho, va adelante? ¡Señor! Si mucho la amaste, mucho la afligiste; si muy santa la hiciste, mucho la angustiaste; a la medida del amor que le tuviste, fue el dolor que le diste.

¿A quién te compararé, a quién te igualaré, con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? ¡Grande es como el mar tu quebrantamiento! ¿Quién te pondrá medicina?

No hay en la tierra quien te consuele; no hay quien enjague tus lágrimas; no hay quien dé fin a tus lamentaciones, no hay quien

acompañe tu soledad ¿Quién agotará tu dolor, Señora mía? No hay ya consuelo para Ti.

¡Oh Virgen bendita! ¿En quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? Sólo Él era tu consuelo, tu Hijo, tu alegría, tu remedio; teniéndolo a Él, Señora, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido. Tú eres la que más perdió, la más entristecida, la más afligida de cuantas hubo ni habrá.

Cuando lo viste que ya quería expirar, cuando vieses aquellos dulces y luminosos ojos oscurecerse, cuando vieses alzársele el pecho en la cruz, cuando lo vieses resollar tan aprisa con las ansias de la muerte, Tú Madre Purísima que tal cosa viste ¿qué no harías? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que pueda explicarlo. No te quedó, Señora de los Dolores, consuelo ni arrimo en la tierra muerto tu Santísimo Hijo, porque sólo en Él tenías puestas todas las cosas.

¿A quién te compararé, Virgen Pura y Limpia, Madre mía? A Abraham le mandó Dios que subiese al monte y sacrificase a su hijo, pero después, se contentó el Señor con su fidelísima obediencia, y le dio un carnero que sacrificase. Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajó con él; más Tú, Señora nuestra de los Dolores, no así. Al Calvario subiste con tu Divino Hijo...; más no lo trajiste consigo, que allí lo dejaste.

En tan gran manera has sido afligida que no hay para Ti consuelo, no hay quien te iguale en tus dolores. Júntense en esta Virgen Purísima todos los dolores, todas las angustias, todas las tristezas y las lágrimas. ¡Oh Virgen gloriosa! Que de una misma fuente te nace lo dulce y lo amargo. El amor que a Dios hecho Hombre tuviste, es el que como sayón te atormenta.

Es por todo esto, por lo que al promulgar Cristo Jesús tu maternidad sobrenatural desde la Cruz, no te dio como único hijo al discípulo fiel sino a todos los que como Juan íbamos a ser por el don de la fe discípulos suyos, y por la gracia, miembros de su Cuerpo.

Tu Pura y Limpia Concepción llega a su plenitud en el Calvario, pues eres Madre de una multitud incontable.

Madre de los que han llegado a la ciudad de la luz eterna en el Cielo. Madre de cuantos en el Purgatorio están purificándose y anhelan cruzar la Puerta del Cielo llevados de tu mano. Madre de los que en los

tiempos venideros serán como nosotros lo somos ahora, partícipes de la gracia y de la gloria de la Redención.

No eres Madre de un solo hijo. Con Cristo y en Cristo todos los que somos y seremos miembros de su Cuerpo místico fuimos concebidos en tu puro y limpio corazón; con Cristo y en Cristo todos hemos sido amantados sobrenaturalmente con la leche de la gracia a tus pechos castísimos; con Cristo y en Cristo todos hemos sido dados a luz en el Gólgota en medio de los dolores de un parto espiritual, incruento para Ti, Madre Santísima, pero intensamente sangriento para tu Divino Hijo; con Cristo y en Cristo todos hemos sido acariciados en tu maternal regazo y hemos sido cobijados bajo los pliegues del joyero de tu manto.

Virgen y Madre Inmaculada, coronada de gloria. Sobre tu cabeza brilla una corona de doce estrellas que representan tus prerrogativas.

Tu frente es muy digna de ser ceñida por una corona de doce estrellas y tus virginales sienes son las que adornan tu corona. ¿Por qué no habrían de coronar las estrellas a la Mujer a quien el sol ha vestido?

Cabe en efecto, distinguir en tu corona de Virgen Purísima y Madre fecunda una serie de prerrogativas del alma, del cuerpo y del espíritu. En cada especie hay cuatro prerrogativas y la suma de las mismas da como resultado las doce estrellas que te coronan.

En las *prerrogativas del alma*, están tu nacimiento como aurora de la Redención; la Anunciación del Ángel; la venida del Espíritu Santo a tu virginal seno que se convierte en el primer sagrario de la Historia, y la inefable concepción del Verbo eterno, primero en tu mente virgen y después en tus purísimas entrañas.

En las *prerrogativas del cuerpo*, están tu concepción inmaculada; tu voto de virginidad; tu embarazo sin fatigas y tu parto sin dolor, pues eres la Nueva Eva.

En las *prerrogativas del espíritu*, están tu dulzura sin reserva; tu piadosa humildad, tu fe magnánima y el martirio de tu Inmaculado Corazón en el Calvario.

Estas son las doce estrellas de la singular corona que adorna tus purísimas sienes, Virgen fiel y Madre de la Redención.

En verdad Tú si eres la Madre de todos los vivientes porque nos has dado al Autor de la Vida, al Amor de nuestros amores, al que es la

Esperanza de los que en Él vivimos y existimos y la Redención de los que en Él mueren.

Por eso, Madre queridísima de los Dolores, Pura y Limpia, Virgen fiel:

Bendita sea tu Pureza, y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza.

A Ti, celestial princesa, Virgen Sagrada María, yo te ofrezco en este día, alma, vida y corazón.

Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía en la hora postrera, morir sin confesión por tu Purísima Concepción.

Amén

Francisco Auriolés de Gorostiza
Sacerdote de la Diócesis de Málaga
Hermano de la Archicofradía de los Dolores

Bibliografía.

ÁVILA, JUAN DE. *Obras Completas*. B.A.C., Madrid 1970.

CLARAVAL, BERNARDO DE. *Obras Completas*. B.A.C., Madrid 1953.

CASTÁN LACOMA, LAUREANO. *Las Bienaventuranzas de María*. B.A.C., Madrid 1970.

IBAÑEZ, JAVIER – MENDOZA, FERNANDO. *La Madre del Redentor*. Ediciones Palabra. Madrid 1980.

ORDOÑEZ MÁRQUEZ, JUAN. *Maternidad plena de María*. Editorial CETE. Toledo 1987.

POZO, CÁNDIDO. *María en la Obra de la Salvación*. B.A.C., Madrid 1974.

SUÁREZ, FEDERICO. *La Virgen Nuestra Señora*. Ediciones Rialp. Madrid 1972.